

Apamate

Marcela Marcial Valbuena

Premio especial para estudiantes

La semana transcurre inadvertida en la sexta planta del edificio Apamate. Cuando suena el teléfono, la enfermera apresurada atraviesa la cocina para hacer llegar la videollamada a la habitación.

—¡Sinaira! ¿Cómo estás? Ya te pongo a la señora —deja el teléfono celular apoyado en la mesita y vuelve a sus labores.

En la vivienda caraqueña, la línea entre el día y la noche es difusa. El tiempo queda suspendido hasta que llega la llamada semanal de la mujer.

Empieza a caer la tarde y, con ella, el sol se esconde. El contraluz intenso del crepúsculo marca la entrada de la noche y dibuja el contorno de los objetos en la habitación. Cuatro paredes oscuras, un tocador de madera lacada con estilo barroco y un armario cerrado. El aire es denso, a pesar del viento fresco que entra por la ventana. Quedan los rastros de una estancia cuidadosamente decorada, con un estilo sobrio, ahora invadida por cajas de guantes, pañales, apósitos y los instrumentos de la enfermera.

Habla la mujer. Su voz es dulce y tensa a la vez.

—¡Hola, mamá! Me está gustando mucho este libro. A ver si hoy terminamos el capítulo.

En respuesta nerviosa a un silencio helado al que no logra acostumbrarse, añade rápidamente: Las niñas te mandan besos y dicen que te quieren. Te encantaría verlas, han crecido mucho. En el centro de la habitación, una cama con barrotes de metal ocupa el espacio como un testigo obstinado. El resto de los objetos parecen existir para enmarcar el lecho; en él se vislumbra un ovillo de sábanas y toallas acurrucado al borde que, con su peso, apenas consigue deformar el

colchón. No se mueve, solo respira. Se escucha el sonido constante de un motor: suave, casi como un arrullo, que da a la estancia una cadencia hipnótica.

Al fondo, la silueta de las cortinas danza con la brisa decembrina. Pajaritos rezagados vuelan bajo, dejándose ver; se escucha el paso de la gente. Atisbos de vida entran por la ventana en forma de risas y gaitas. En la habitación, el claroscuro de las sombras enmarca una figura. Se distingue un pie fino y una mano pequeña. Una coleta de hilos plateados queda iluminada por lo que ahora es el resplandor de la luna. No hay color, o al menos no se distingue con esta luz. Al cabo de un rato, vuelve la enfermera para despedirse de la mujer:

—Se quedó dormida —le dice—. Parece que le gusta la historia.

En Gijón, el otoño comienza con la llegada de María Irma. La ciudad la recibe con la brisa salada de un mar que había estado esperando su regreso. Las fachadas descoloridas por la cal del Cantábrico son testigos de su historia, que empezó en La Palma; en la España herida de 1946 y que ella reescribe con cada visita a su tierra natal.

Aún colgado en la puerta de la habitación, un conjunto de blazer y pantalón impecable aguarda por ella para empezar la noche. Mientras tanto, la musa se mira al espejo y repasa los últimos detalles del cuadro que acababa de pintar. Sus ojos marrones, enmarcados por cejas oscuras, pretenden ocultar lo que su piel revela: cada surco en su cara cuenta una historia y dibuja un semblante firme y elegante, el de una mujer cuya belleza es innegable pese al rastro que han dejado en ella el dolor y los años. Irma no tiene prisa; nadie la espera y ese es quizás su placer más íntimo.

Dan las 19:00 horas cuando por fin logra salir del apartamento en el que se hospeda, un pequeño y acogedor lugar cerca del centro. Recorre el paseo marítimo dejándose mecer por la musicalidad de las olas y atenta a los bares que roban su mirada. Le incitan a disfrutar de la gastronomía asturiana y de una cerveza. Ahí, en la ciudad de la sidra y el mar, la nostalgia

parece etérea; es donde ella se siente más viva, capaz de ser la mujer que fue y también la que quiso ser.

Tras una caminata extensa llama su atención una pequeña tasca cuyo olor le hace agua la boca.

Se acerca a la barra, toma asiento en un taburete libre y deja el bolso entre sus piernas.

—¿Qué le pongo? —pregunta amable el camarero.

—Una caña y calamares —responde dejando que la vida se reduzca a ese momento suyo.

Después no hubo nada. Solo un vacío espeso que disolvía el tiempo entre un parpadeo y el siguiente. Ni el sabor de la comida, ni la voz del camarero, ni el bullicio del bar. Nada. Niebla, confusión, un golpe seco y la aterradora confirmación de que algo estaba mal. Es lo único que recuerda antes de despertar aturdida en el suelo mojado; la luz azul del coche de policía atravesando la oscuridad e incrustándose en sus ojos la mantenía consciente.

—¿Ha bebido? —le preguntó uno de ellos con una sonrisa cargada de suficiencia.

Apenas había tomado una caña. Quiso responder, pero las palabras se enredaban en su mente, incapaces de salir. ¿Qué había pasado? Le costaba moverse, pero su corazón acelerado le decía que era hora de volver a casa. No imaginaba entonces que su próximo encuentro con España sería muy distinto de aquel.

El primer día de sesión sentí miedo. El rubor subía por mi cuello mientras me acercaba a la habitación, víctima de los nervios de quien se enfrenta a su primer paciente; solo que este no era mi primer paciente, ni el segundo, ni el sexto. ¿Por qué me sentía nerviosa? No lograba entenderlo. En la universidad había aprendido los fundamentos de mi profesión, desde la primera piedra hasta la última columna, y en mi rotación de geriatría había aprendido lo importante, lo humano: a entablar conversación con las parejas de ancianos que llegaban a consulta; a sacarles una sonrisa o una anécdota; a dar una palabra de aliento o incluso una

broma tímida que encanta a las señoras mayores —esas que ven en nosotros la promesa que también ven en sus nietos—. A veces pienso que vienen por la compañía, por la escucha y por el entusiasmo, que sana más que cualquier intento de tratar dolencias que pesan menos que los años y la soledad.

Sabía todas estas cosas, conocía mi plan de tratamiento y había estudiado mil maneras de sobrevivir a la sesión sin quedarme en blanco. Aun así, al entrar en la habitación, la sangre que antes ardía en mis mejillas se esfumó. Mi rostro pálido y mis manos frías se enfrentaron a una mujer de huesos largos y finos envueltos por piel. Su cuerpo, en batalla constante, tan retorcido sobre sí mismo, parecía robarle el aliento. Sus palmas se abatían contra las muñecas, como alas rotas; se aferraban a trozos de gasa blanca manchados de rojo, que impedían la punción de unas uñas imposibles de cortar.

Al palpar noté sus músculos tensarse y su mandíbula apretar aún más. Cada surco, cada cresta sobresaliente deformando la piel traslúcida, confirmaba lo que había estudiado de Prometheus y Netter. Por un instante, me sorprendí ante mi propia torpeza; mi piel desconocida era, para ella, un susto traicionero.

Escuché atenta el silbido de una tráquea que luchaba por vencer la torsión del cuello, por dejar que el aire llegara a los pulmones y nutriera el tejido que todavía rellenaba el pecho, que daba vida a la cara y protegía lo que quedaba de ella. La verdad expuesta y vulnerable de esta señora me incomodaba. Me hallé desarmada por su fragilidad, que se filtraba por mis dedos, helándome los huesos.

Logré cerrar los ojos y salir de mis pensamientos. Dejé ir mis juicios y miedos, concentrándome en sentir a la persona que tenía bajo mis manos, para así retribuir con una caricia humana a la mujer que me permitía aprender de ella, a quien intentaba sanar y escuchar.

El silencio se hizo elocuente entre nosotras y en él me reconocí también expuesta. Mis palmas se fueron calentando y lo que antes nos separaba se convirtió en un gesto compartido. Todo en

ella empezó a ceder. Moví cada espacio que permitía ser manipulado, y ella dejó de sobresaltarse con mi tacto para empezar a fundirse en él. Pudo relajarse, apaciguar su respiración y soltar lo justo para que su esqueleto atado le permitiera suspirar.

Sus pies conservaban la feminidad y el cuidado de quien una vez habitó esta figura. Cruzaban el segundo dedo sobre el pulgar y al intentar corregirlo me encontré con que volvían a su posición original, no con tensión, ni con rigidez, sino con alivio; un gesto que mantenía la armonía. Como quien vacía el alma en llanto; como quien logra dormir después de una noche en vela.

En medio de mi intercambio con esta mujer, llegué a olvidar la presencia de su hija, que estaba allí. Todos los años viajaba para verla. Llegaba con dolor escrito en el semblante por haber estado ausente. Le pesaba la culpa de no poder acompañar a su mamá, aun cuando se entregaba a ella devotamente y de manera constante construía puentes para su encuentro.

Sinaira observaba cada reacción y cada respiración de su mamá, concentrada, como si esperara algo. Un milagro traducido en mirada o en un gesto; fe de vida y un vínculo con el presente. Nada llegaba.

Desde la distancia no pude evitar preguntarme: ¿Se puede aceptar la ausencia del ser querido como único refugio donde el sufrimiento ya no existe? Aunque eso implique decir adiós sin poder despedirse realmente. Todavía no conozco la respuesta.

Son estas las artesanías del cuidado: un verdadero arte que se teje con las manos y con la mirada, que escucha sin palabras y que sostiene en vida al cuerpo que ya no puede hacerlo. — Qué bien, mamita, los masajes te relajan mucho —murmuró entre dientes, regalándole a su madre ese secreto cargado de ternura.

Yo seguí con mi caricia. María Irma se fue fundiendo en un sueño profundo, arrullada por la voz de su hija que empezaba a leer *Las intermitencias de la muerte*, de José Saramago.

La oficina del médico era antigua, con paredes pálidas cubiertas de posters de colores desvaídos. Solo se oía el compás del reloj en la pared y el leve roce de las hojas al pasar, mientras el facultativo repasaba el expediente con la solemnidad de un juez. El aire estéril perforaba el olfato con su olor a desinfectante, y la luz se filtraba por las persianas proyectando franjas pálidas sobre un viejo suelo de granito.

Habían pasado meses desde la caída: numerosas consultas, recetas fallidas y diagnósticos equivocados. El supuesto párkinson había acabado con su paciencia y su dinero, dejando a cambio dudas sin resolver y frascos vacíos. Las imágenes del accidente aún acechaban a Irma nublando su juicio. Aquel médico —del que decían ser el mejor del país— parecía tan confundido como los demás.

Su hija había pedido el día para acompañarla otra vez. Fingía calma, pero su interior era un ovillo de nerviosismo, miedo y cansancio. Para ambas los minutos se dilataban como años, y el diagnóstico parecía no llegar. Sentadas una al lado de la otra, madre e hija compartían una ansiedad que no se atrevían a admitir. Sinaira imaginaba infinitos diagnósticos, estrategias y planes; Irma, en cambio, se concentraba en respirar, en querer estar bien y en creer que lo estaría.

—Síndrome de degeneración corticobasal —fueron las primeras palabras del médico. Después vino una sucesión de términos que describían una enfermedad sin tratamiento en la que las neuronas traicionan su propósito y atrapan a la mente en un cuerpo que ya no responde. Disolviendo la voluntad y aprisionando a su víctima.

El doctor escupía sonidos inentendibles como balines a quemarropa, exponiendo los escabrosos detalles del sufrimiento de una mujer, de una madre y de una hija. El diagnóstico explicaba las caídas, los temblores incontrolables y dolores crecientes. Explicaba por qué, habiendo pasado solo meses, ya no podía caminar sola. Pero no explicaba el vacío en el pecho, ese hueco brutal que le hacía sentir que, aun respirando, su vida se había terminado.

El clínico seguía hablando.

—Es una enfermedad rara —dijo.

No hay tratamiento ni promesas. Nadie sabía cómo avanzaría este bicho en su cabeza, ni cuánto tiempo le quedaba.

Sinaira ya no era capaz de escuchar. Desde niña había cuidado de su madre, acompañándola en las partes más oscuras de la vida, pero ahora solo deseaba que una noche definitiva cayera sobre el mundo, mientras la putrefacta enfermedad proliferaba en el cerebro de María Irma.

En el aire, cargado de desinfectante y ahora silencio, solo quedó la sensación de que todo acababa de detenerse.

La semana transcurre inadvertida en la sexta planta del edificio Apamate. En la habitación del fondo reside la sombra de Irma: una mujer de roble que crio sola a sus tres hijos, construyó lo que pudo con la vida que le fue otorgada y entregó todo de sí.

Han pasado cinco años desde la última vez que su presencia llenó esta estancia. Los visitantes cada vez son menos: enfermeras, doctores, hijos que ya no viven en este país y nietas que entran y salen, dejando en el aire un leve rastro de su ser, nerviosas por no saber qué decir ni cómo aliviar.

Aún quedan algunos vecinos que llaman a la puerta, intentando descubrir qué fue de aquella mujer, adónde se fue esa vida. Pero la habitación permanece vacía.

Mil ochocientos veinticinco días han pasado desde la última vez que mi abuela me sostuvo la mirada. Yo, que he crecido, viajado y aprendido, regreso para intentar reconciliarme con ella por medio del único lenguaje que todavía nos une: el cuidado.

Mis manos empiezan a recorrer sus primeros kilómetros de piel y sienten que este es el reto más difícil. Nadie te prepara para el momento en el que el paciente sea uno de los tuyos. Observo la habitación: las paredes moradas; el tocador lleno de pendientes, collares y perfumes

que ya nadie usa; en la esquina, una repisa alta que no había notado antes, con una foto de la mujer que yo recuerdo: rozagante, vital y hermosa. Esta habitación habla de Irma; nadie se ha atrevido a cambiarla. Todo está donde ella lo dejó, aunque tal vez no como le gustaría encontrarlo.

Vuelvo a mirar sus pies y resuelvo la duda que me atormentaba. Mi mamá tiene los mismos. He visto esos pies pequeños incontables veces. Asombrada con la proeza genética que es el parecido, intento apartar el pensamiento. Las similitudes entre Irma y Sinaira me aterrorizan.

Nunca supimos demasiado de la enfermedad. No hubo respuestas entonces y no las hay ahora. Las preguntas sobre lo que habría sido la vida de mi abuela parecen haberse ahogado. Otras, las que me niego a enfrentar, se cuelan en mis pensamientos robándome el sueño. ¿Volveremos a vivir este duelo? La única certeza es la incertidumbre.

Nos quedan pocos días en Caracas; ya empezamos a despedirnos. Hoy acompaño a mi mamá en la visita. Mientras ella lee, yo trato a mi abuela. Escucho su voz dulce adentrarse en otro capítulo del libro y cada palabra parece reescribir el significado de amar. De ahí nace mi inspiración.

Dedicar mi vida a cuidar me ha ayudado a sanar incluso más de lo que he podido sanar a otros. Sigo aprendiendo cada día, deseando que llegue una cura o, al menos, un instante de lucidez que le permita a Sinaira recibir un último arrullo de su madre.

—Bueno, mami, el próximo capítulo lo empezamos cuando llegue a Madrid —le dice incapaz de despedirse una vez más. No piensa en la próxima vez: solo atesora el momento que le ha sido concedido. Besa a su madre en la frente y sale por la puerta de la habitación, dejando detrás a su heroína sumergirse en un sueño profundo. Un sueño sin dolor en el que la enfermedad y el tiempo no son más que un relato.